

La mujer, imagen de Dios

ISABEL GÓMEZ ACEBO*

I. A SU IMAGEN LOS CREÓ¹

Una de las afirmaciones básicas del pensamiento judeo-cristiano sostiene que el ser humano fue creado por Dios a su imagen y semejanza. Con ello, el concepto divino se involucra con sus criaturas fundamentando una antropología teológica, un pensamiento sobre las personas, que las dignifica pues siempre queda referido a la persona del Creador. No hay diferencias pues varones y mujeres, ambos desde nuestras particularidades biológicas, podemos reflejar la gloria divina con la misma intensidad.

El texto es tajante y no admite excepciones pero la realidad de la sociedad presentaba una cultura en la que las mujeres estaban siempre subordinadas a los varones. Una fisura se abría a la afirmación del Génesis pues ¿podía Dios verse reflejado en seres subordinados o inferiores? El Ambrosiaster en el siglo IV no duda de la imposibilidad: «¿Cómo decir que la mujer es imagen de Dios cuando está notoriamente sujeta al dominio del varón y carece de autoridad?»². Una duda que se extendió como la capa de aceite sobre el agua.

* Teóloga y madre de familia. Milán.

¹ La frase entera del Génesis 1, 27 en la traducción de la *Biblia de Jerusalén* dice: «Creó pues Dios al ser humano a imagen suya. A imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó».

² PL 35, col 2244 citado en A. Swidler, «Imagen de la mujer en una religión paternalista», *Concilium* 161 (1981) p. 413.

Muy pronto, algunas corrientes teológicas, empezando por el mismo Pablo, se encargaron de las rebajas. En la 1 Epístola a los Corintios 11, 7 se lee: «El varón no debe cubrirse la cabeza pues es imagen y reflejo de Dios, pero la mujer es reflejo del varón». Un texto ambiguo que sirvió para que Santo Tomás y con él la escolástica redujeran la imagen divina de las mujeres aunque muchos medievalistas seguían afirmando la validez del versículo del Génesis³.

Curiosamente a nuestro sexo le quedaba un camino consistente en abdicar de nuestra condición femenina y de esa forma hacernos varones. Para ello bastaba con renunciar al mundo del sexo y de la maternidad. En el Evangelio de Tomás, un texto temprano, gnóstico y encratita, narra cómo Jesucristo ayuda a María Magdalena en este empeño: «Yo mismo la conduciré en su camino de hacerse varón de tal manera que se convierta en un espíritu viviente semejante a los varones»⁴. Esta metáfora del cambio de sexo se hizo muy popular indicando la posibilidad de un perfeccionamiento femenino que reflejaba el paso de un estado inferior a uno superior. Ser madre era el único obstáculo en ese camino pues quedábamos involucradas con la materia —embarazos, partos, lactancias— un componente del ser humano que encarcelaba al espíritu.

La conclusión supuso que nuestra presunta consideración subordinada impidió que a lo largo de los siglos, la imagen de un Dios que se parece a nosotras se hiciera realidad pues todas las metáforas, símiles o simbolismos, salvo raras excepciones, nos han transmitido el rostro de un Dios masculino. Otros condicionamientos sociales, todos girando en torno al atractivo del poder, también contribuyeron al empeño.

³ Kari E. Borresen, *The image of God*, Fortress Press, Minneapolis 1991, estudia con detenimiento la evolución del pensamiento en esta materia. También Maryanne C. Horowitz, «The image of God. Is woman included?» *HTR* 72 (1979) pp. 175-206.

⁴ Logion 114.

II. EL PODER DEL LENGUAJE

Desde el siglo XIX nos hemos hecho conscientes del poder del lenguaje, un producto de la cultura que a su vez influye en la manera de pensar pues las palabras no son sólo responsables de nombrar a la realidad sino que también la planifican. Gracias a Saussure⁵ sabemos que los principios que rigen esa planificación siguen impulsos más cercanos al sentimiento que a la razón. Sexismo, racismo y nacionalismo están en la base de muchos vocablos en las diversas lenguas. Pensemos sin más en nuestro refranero tan anticlerical, antijudío y antifeminista.

Aunque en la formación del lenguaje intervienen todos los habitantes de una cultura no cabe duda que lo hacen con mucha más fuerza aquellos que ostentan el poder. Tradicionalmente las mujeres hemos sido apartadas pues nuestras tasas de analfabetización eran superiores a las de los varones lo que nos dejaba fuera del mundo culto. Dado que el lenguaje es el arma de los débiles para impedirnos su uso se empezaba por alabarnos cuando no hacíamos uso de la palabra. Para Sófocles «el silencio es la gloria de las mujeres» y María de Nazaret, el modelo por antonomasia de nuestro credo, se nos ha presentado como mujer silente a pesar de que pronuncia muchas más palabras en el Nuevo Testamento que muchos apóstoles.

Si a pesar de todo insistíamos en hablar se nos reconvenía e incluso se nos prohibía hacerlo. Un ejemplo claro aparece en el texto paulino de la carta a Timoteo 2, 11-12: «La mujer oiga la instrucción en silencio, con toda sumisión. No permito que la mujer enseñe ni que domine al hombre. Que se mantenga en silencio». Formas varias de impedirnos el uso del lenguaje.

Debido a este desarrollo toda lengua coloca a los varones en el centro, un eje sobre el que giran todos los conceptos. Las mujeres se consideran fuera

⁵ Ferdinand de Saussure no escribió nada pero sus alumnos recopilaron sus clases en un libro que está traducido al español como *Curso de Lingüística General*, Alianza Editorial, Madrid 1972.

del sistema, son la «otra» y constituyen la desviación de la norma. Incluso muchos de los valores que apreciamos las mujeres se menosprecian como la intuición, la ternura o el sentimiento. De aquí la afirmación, que todavía hoy se presenta a los niños, ridiculizando que los varones lloren. «Llora como una mujer lo que no has sabido defender como un hombre» le dijo su madre a Boabdil con ocasión de la pérdida de Granada.

El privilegio de componer el lenguaje ha dado como resultado que el género masculino sirva, además, para designar lo específico de los varones y a la vez lo que es propio de cualquier persona. Basta que en un grupo de mujeres haya un varón para que todo ese colectivo sea definido en masculino. Nunca se sabe si había mujeres presentes lo que de nuevo contribuye a la invisibilización femenina⁶. Pensemos sin más en la celebración de la Última Cena siempre representada sin mujeres cuando lo más natural es que allí estuvieran aunque sólo fuera para ocuparse de la cocina y el servicio. Roles subordinados en muchas culturas pero privilegiados y ejemplares en el credo de Jesucristo.

El mundo religioso no ha seguido un camino distinto al de la sociedad civil. Incluso, como hemos visto, muchas de estas prácticas se fundamentaron en creencias religiosas pues nuestra civilización tiene una fuerte base cristiana. En lo que respecta al lenguaje sobre Dios sus consecuencias fueron la ausencia total de pronombres y de modelos femeninos proyectados en su persona. Algo que se infiltró tan profundamente que al estupor inicial, ante el atrevimiento femenino de romper la tradición milenaria, ha seguido la burla o la ironía. Todavía hacer referencia a un Dios con faldas no deja a nadie indiferente.

⁶ La publicación en 1980 del libro de Dale Spender, *Man made language*, supuso un alabonazo importante en la concienciación sobre los problemas del lenguaje a las mujeres.

III. LA PROTESTA DE LAS MUJERES

Siempre ha habido protestas sobre la subordinación de las mujeres tanto en el campo religioso como en el civil pero hasta que no ha contado con un número cuantioso de voces no se ha dejado oír. El movimiento feminista crece a partir de la Segunda Guerra Mundial pues las mujeres dejaron sus casas para suplir los puestos de los soldados y cuando éstos volvieron de la contienda, muchas no quisieron volver al hogar.

Las universidades a partir de aquel momento se llenaron de mujeres que comprendieron que a mayor nivel de educación, mejor puesto y salario. El mundo de la teología no fue ajeno a este movimiento y empezaron a estudiar mujeres en las universidades del mundo anglosajón donde la materia depende de la universidad pública. Tenemos que reconocer que han sido los protestantes los pioneros en este campo pues en los países católicos los seminarios han cerrado las puertas a las mujeres y las universidades con estudios teológicos son pontificias y, por tanto, escasas en número. Pero sobre todo el gran empujón ha sido la ordenación sacerdotal femenina pues un número elevado de mujeres entró en el campo pastoral y erudito protestante. Por primera vez en la historia del cristianismo la mujer era objeto y sujeto del quehacer teológico.

Ni que decir tiene que la primera fase de este pensamiento se caracterizó por la queja. Una queja dirigida a las Iglesias que se estaban quedando rezagadas en admitir a las mujeres en plano de igualdad entre sus miembros. Una queja que pedía un cambio en el lenguaje tradicional sobre Dios pues cuando los seres humanos intentamos describir al Totalmente Otro lo hacemos reflejando las categorías del mundo en el que vivimos. Unas categorías que con la irrupción masiva de las mujeres en la vida pública han cambiado. Dar la espalda a este cambio es no moverse con los signos de los tiempos y quedarse anclado en un pasado añorado que no volverá.

La famosa novela de Alice Walker, *El color púrpura*, tiene una frase que simplifica muy bien esta cuestión. Son unas palabras en boca de la protagonista del libro que es de raza negra. «Cuando descubrí que Dios era blanco y varón perdí interés». Su caso no es único pues hay imágenes que han perdido poder al dejar fuera del pensamiento religioso a muchas personas, lo que va en detrimento de ellas pero también de nuestro credo que se proclama igualitario.

IV. LAS VENTAJAS DE UN LENGUAJE INCLUSIVO

Un axioma que han descubierto las ciencias de nuestro siglo habla de la necesidad de incluir el máximo número de puntos de vista en la descripción de un fenómeno. Todo ser humano está situado dentro de unas circunstancias vitales que marcan su forma de ver la realidad. Cuanto más numerosos sean los prismas del kaleidoscopio que enfocamos más cerca estaremos de comprender el fenómeno estudiado.

Si aplicamos estas ideas al mundo del pensamiento religioso comprobaremos, con la protagonista negra de la novela, que el pensamiento sobre Dios es hijo del varón, blanco, y burgués del primer mundo. Un pensamiento que hoy consideramos se ha quedado cojo y que todos tenemos la obligación de perfeccionar ofreciendo nuestros puntos de vista. Uno de estos intentos nos viene de la mano de la teología feminista que ofrece nuevos rostros de Dios con la ilusión de enriquecer el pensamiento anterior.

Pensar en Dios en femenino permite proyectar en su persona todos los rasgos que el inconsciente colectivo coloca tradicionalmente en el mundo de las mujeres. Hemos caído en la tentación de un pensamiento dualista que divide y enfrenta el cosmos de tal manera que clasifica las formas y los comportamientos como femeninos o masculinos aunque la realidad luego lo desmienta.

Cuando hablamos de mujer en sentido genérico hacemos referencia a todo lo que tiene relación con el principio y el fin de la vida. Colocamos la vista en la tierra, buscamos la luz de la luna y soñamos con un paraíso terrenal. Las virtudes que acompañan al mundo femenino hablan de ternura, de cobijo, de amor sin reservas, de fidelidad sin límites. Casa y comida nos llevan de su mano a un tiempo de infancia añorado y sin preocupaciones⁷.

La figura del padre rompe el binomio madre-hijo y se presenta como la exigencia. Como la sopa boba que deja paso a la necesidad de ganarse el pan. La mirada paterna nos obliga a mirar al cielo, al infinito, a la trascendencia, a la necesidad de subir y todo ello a la fulgurante luz del sol. La ley, el juicio y el mundo exterior se enfrentan al resguardo y al hogar.

Que ambas imágenes son necesarias lo demuestra que en todos los credos existen en sus panteones dioses de los dos sexos. Son religiones politeístas que colocan en la divinidad todos los rasgos de los seres humanos. En general, las diosas supeditadas a los dioses principales –de nuevo un reflejo de la realidad social– pero siempre con un papel importante en el mundo de la fertilidad y de la intercesión. La mujer como colchón para amortiguar la violencia entre hijos y padres.

No creo que haga falta insistir en que a nuestro credo le han faltado muchos rostros femeninos de Dios. En el catolicismo se paliaron algunos defectos convirtiendo a María de Nazaret en una diosa. La ternura y el cobijo que busca el hombre religioso lo encontraba en el regazo de la madre de Jesús. No es este el lugar pero debo apuntar que este camino no ha estado exento de problemas. Por un lado en cuanto que María se alejó de su condición femenina y por otro en cuanto que su culto pasó por encima del de Dios mismo. Un culto que se hizo mariolátrico⁸.

⁷ R. R. Ruether, «El aspecto femenino de Dios», *Concilium* 161-163 (1981) pp. 395-403.

⁸ Elizabeth A. Johnson, «Mary, and the female face of God», *Theological Studies* 50 (1989) pp. 500 y ss.

Las mujeres salieron al paso y al periodo de la queja siguió el de la oferta de nuevos caminos. Intuiciones nuevas pues es un pensamiento que se inicia a partir de 1970, un razonamiento que tendrá que madurar y salir al paso de sus detractores. Sólo la depuración del tiempo demostrará lo que de válido tiene para las nuevas generaciones. Estas son algunas de sus intuiciones.

V. SU PUESTA EN MARCHA

La consideración de que el lenguaje es un arma que se le ha hurtado a los débiles nos debe llevar a la idea de que su uso bien enfocado puede servir para la liberación de opresiones injustas o injustificadas. Jesús, Palabra de Dios, viene al mundo con esa misión pues su Reino es el anuncio de una nueva humanidad sin castas privilegiadas donde los menos favorecidos ocupan los mejores puestos. Un camino que se consigue mediante el ejemplo de la *kénosis* del Padre y favoreciendo la integración de los grupos tradicionalmente excluidos para que puedan verse como imagen de Dios.

Este cambio de lenguaje sobre nuestro Creador ha empezado por pedir que los pronombres que hacen referencia a su persona usen indistintamente el masculino o femenino: El o Ella. Uno de los libros de teología dogmática más significativos del pensamiento feminista es el de Elizabeth Johnson. Creo que a estas alturas no nos podrá extrañar que su título sea *She who is*, «La que es»⁹. La autora en el prólogo apoya esta necesidad en cuanto que el discurso sobre Dios es la piedra angular de todo el sistema religioso. Un Dios que se ha invocado para mantener el silencio de muchas personas pero que puede actuar como impulso emancipador de una sociedad que quiere vivir en igualdad. Un Dios que cuestiona las estructuras patriarcales todavía existentes en la Iglesia y fuera de ella. Un Dios que invita a las personas

⁹ Creo que todavía no se ha hecho la traducción española de esta obra editada por Crossroad, N. York, en 1993.

a unirse en este empeño de hacer un mundo más justo y solidario. Ante la conciencia de una sociedad que ha cambiado radicalmente está en juego la misma viabilidad del cristianismo que necesita crear un lenguaje renovador. Las religiones mueren cuando no son capaces de responder a los retos de su momento histórico. Uno de esos desafíos lo plantea la integración femenina al mundo de la vida pública y las demandas que eso conlleva. La imagen de Dios se hace idolátrica en la medida que no refleja la complejidad de las experiencias de su persona que viven todos los seres humanos, en este caso concreto, las mujeres. Una realidad de la que hasta hace poco no éramos conscientes pero que hoy pide paso.

Otra teóloga feminista, Elisabeth Schüssler Fiorenza, sigue un camino diferente pues aboga por colocar en medio de la palabra Dios unos signos que anulen las vocales. Ella escribe en inglés y por lo tanto sus vocablos serían G*d, o G'd. Aunque la lengua española es más complicada pues el uso de masculinos y femeninos se amplía a adjetivos y pronombres se podría hacer lo mismo en el sustantivo y escribir D*s. Con ello, lo que se intenta es ir acostumbrando a los fieles a un Dios asexuado o si se prefiere susceptible de reflejar los dos sexos de la raza humana. La verdad es que este camino ya ha dado sus frutos pues en las liturgias de muchas iglesias de los Estados Unidos se emplea con toda naturalidad el lenguaje inclusivo para Dios.

También la Biblia está sufriendo un proceso de traducción diferente al tradicional. En todos aquellos lugares donde la especie humana estaba representada por la palabra hombre se traduce por persona o género humano pues con ello se intenta integrar a las mujeres en el mensaje salvador. El Nuevo Catecismo que originariamente está escrito en francés, sufrió una traducción al inglés semejante pero Roma exigió que se volviera al original no inclusivo. Ignoro las causas aunque imagino que con ello se evita alterar el texto original.

Muchas veces estos cambios resultan pesados y parece que no conducen a nada pero no es así. Al pueblo norteamericano ya no le sorprenden por lo

que poco a poco se ha hecho familiar con una idea de Dios que incluye el sexo femenino. Será más fácil que, a partir de este momento, acepte otras ofertas. Un camino impensable hace muy pocos años.

VI. UN DIOS MATERNAL¹⁰

Dentro de las metáforas para hablar de Dios la que más éxito ha tenido nos habla de un Dios maternal. Su auge se entiende con facilidad pues al sector más conservador le parece que es una manera de promocionar que las mujeres sigan en sus roles eternos de madres mientras que los grupos más liberales piensan que es un primer paso hacia metas más lejanas y ambiciosas.

El concepto maternal se puede dividir en dos grandes categorías. La primera es la que hace referencia al mundo biológico, a las transformaciones que se producen en el cuerpo de la mujer que dan lugar a la gestación, parto y crianza de los hijos. Mientras que la segunda se adentra en el campo de la psicología y nos habla de las virtudes tradicionalmente asociadas con la maternidad. Unas virtudes, hijas del inconsciente colectivo, pues todas las civilizaciones las comparten en mayor o menor medida.

1. La maternidad biológica

1.1. *La concepción*

Esta primera noción, comienza imaginando a Dios como un inmenso útero que cobija en su seno a todo el mundo creado. Es una intuición muy antigua pues se remonta a los primeros estados de civilización en los que

¹⁰ Para la ampliación de estas ideas se puede consultar mi obra, *Dios también es Madre*, San Pablo, Madrid 1994.

las Grandes Diosas Madres tenían un protagonismo muy marcado¹¹. Los pueblos agrícolas son los que con más intensidad nos han transmitido estas nociones pues su prosperidad estaba ligada a la multiplicación de los hijos y las cosechas. En el Antiguo Testamento hay algunos versículos que hacen referencia a esta gestación divina: Job 38, 28-29; Is 46, 3 e Is 49, 15.

Los críticos de estas imágenes se quejan de que con ellas volvemos a fases primitivas de la humanidad que implican la renuncia a un Dios más personal, un camino que ha costado muchos siglos alcanzar¹². Críticas que parten de un concepto de la mujer en el que prima útero y pechos olvidando que esa morfología está presidida por un cerebro semejante al de los varones. El Dios en cuyo seno hemos iniciado la vida es tan personal como el que modela el barro antes de insuflarle el aliento vital.

La tierra y el agua son dos conceptos unidos a las primeras fases de la gestación. Polvo fuimos y en polvo acabaremos nos anunciaba la antigua liturgia del Miércoles Santo mientras que el líquido amniótico meció nuestros fetos y el agua nos recogerá en la última hora. «Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir» cantan las coplas de Jorge Manrique dedicadas a la muerte de su padre. La idea que subyace a estas intuiciones es que principio y fin, alfa y omega, son dos puntos iguales pues la vida es un eterno retorno al punto que nos vio nacer. En este pensamiento tierra y agua simbolizan al propio Dios que nos gestó en su seno y al que volvemos transcurrida nuestra etapa terrenal. De nuevo un concepto que con sus particularidades es común a muchas culturas.

¹¹ La obra de Erich Neumann, *The Great Mother*, Princeton University Press, 1991 (origen en alemán y traducido a muchas lenguas) nos adentra en todas las imágenes de esta Gran Madre a nivel de pueblo primitivo.

¹² El paladín de las críticas a las imágenes de Dios que preconiza la teología feminista es Alvin Kimmel (ed.), *Speaking the christian God. The Holy Trinity and the challenge of feminism*, Eerdmans Publishing Co, Grand Rapids 1992.

Nuestra civilización ha apartado la muerte de la vida ordinaria pues el presunto fracaso del hombre moderno en la búsqueda de la inmortalidad le obliga a darle la espalda al temido fin de nuestra existencia. Contemplar la muerte es admitir un fracaso. Este rechazo se puede dulcificar presentando a un Dios que nos recoge en la última hora en su regazo de madre. Con ello, se aleja la noción del juez que pesa nuestras acciones para primar la alegría de una madre que ve cómo el hijo adulto regresa al hogar para no volverlo a abandonar. Incluso podemos imaginar que estamos ante ese regreso al útero que según los psicólogos añoran muchas personas. Ese tiempo perdido que supuso una fase única en la vida ausente de angustias y preocupaciones. Ilusiones que se mezclan con la propia añoranza de Dios que prepara con esmero las estancias donde acoger a los hijos que regresan a la casa que les vio nacer.

Un origen común de todo lo creado tiene el atractivo añadido de hacernos pensar en un cosmos en el que todos los seres están hermanados en ese útero compartido. La concepción de un ser humano que busca el beneficio de su especie en detrimento del resto de la creación deja paso a la necesidad de un jardinero que cuide del entorno para que cada criatura prospere dentro de los límites que impone el bien común. No sólo el género humano sino toda la creación, toda la gran familia de Dios, está llamada a regresar a su regazo para ser glorificada. Un empeño en el que las personas tenemos la misión de marcar el ritmo pues somos los únicos seres que gozamos de libertad junto a otros modos de existencia marcados por los instintos. Desgraciadamente nuestra dirección de orquesta impulsada por el egoísmo ha impuesto marchas fúnebres que han llevado a la extinción a muchas criaturas del planeta.

1.2. Los dolores de parto

El feto no se concibe para estar perennemente alojado en el seno materno. Llegado el momento de dar a luz, las imágenes maternas de Dios nos

hablan de los consabidos dolores de parto. También los encontramos reflejados en el Antiguo Testamento: Is 42, 13-15. Pero más interesante aún son las imágenes que hablan de la humanidad nueva que Jesucristo trajo al mundo. Una humanidad que se gestó a lo largo de los meses de su vida pública y que dio a luz en el Gólgota. La criatura fue entregada a su madre y a la Iglesia, representada por Juan para que se ocuparan de ella. Muchos exégetas han visto ese nacimiento en la cruz pero han colocado los dolores en María, por su condición femenina aunque sean tan simbólicos como los aplicados a Jesús¹³.

Más adelante haremos una reflexión sobre el dolor que siente Dios y que se enfrenta con la noción clásica del Dios impasible pero es bueno empezar recordando que toda maternidad empieza con sufrimiento, y la divina no es una excepción. Dolor en el parto y dolor a lo largo de la existencia ante las calamidades por las que pasa el hijo. Este dolor divino, sirve a su vez, para dar una explicación de la cólera de Dios ante el pecado de las personas, actos con los que se daña al bienestar de sus hijos.

1.3. La lactancia divina

La última imagen de esta maternidad nos lleva a la lactancia del hijo recién nacido, una labor imprescindible para que la criatura no muera. Son metáforas de una gran fuerza tanto en el campo del hambre material como en el espiritual, una fuerza que se ha dejado sentir desde los textos del Antiguo Testamento: núm 11, 12, Sal 34, 9; Sal 131, 2; Is 66, 10-12; Is 49, 15, hasta los del Nuevo Testamento, como 1 Pe 2, 2-3; 1 Cor 3, 1-2; Heb 5, 12-13. Incluso las palabras de la Última Cena tienen aquí cabida pues Jesús da su cuerpo y su sangre como alimento para los cristianos, un acto que sólo son capaces de hacer las madres.

¹³ Este sería el caso de A.Feuillet, *Etudes Johanniques*, DDB, Paris 1962, p. 274. En Belén, madre de Jesús y en el Gólgota, madre de la Iglesia.

El hecho de que Dios continúe la alimentación del hijo supone que la creación no fue un acto puntual sino que el Creador sigue involucrado con su criatura. De hecho la oración que Jesús enseñó a sus discípulos habla de pedir a Dios el pan de cada día. Nuestro tiempo, menos milagrero que el de épocas pasadas, piensa que ese pan nos viene de la mano de Dios pero a través de las personas humanas que son sus instrumentos. Dios inspira a sus amigos para que atiendan a todos los que pasan hambre prometiendo bienaventuranzas para los que lo cumplan. «Venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me distéis de comer» es una de las frases del Juicio Final en Mateo por las que se divide al pueblo de Dios en la última hora. En un mundo globalizado y con comida sobrante los que pasan hambre son la vergüenza de sus hermanos cristianos opulentos.

Pero es el alimento espiritual que Dios dispensa a las almas el que ha servido a lo largo de la historia de la Iglesia para que muchos escritores reflejen el recorrido de su vida espiritual. Dios les suministra, en una primera fase, gotas de leche para pasar a alimentos más fuertes en la medida que se van alcanzando otros peldaños más altos en la escalera espiritual. Los santos siempre se consideran aprendices con lo que se contentan con la leche divina. Un líquido que añoran en momentos de aridez espiritual y con el que sueñan para acabar con su sed. La Eucaristía hizo que muchas de estas imágenes se trasladaran a la idea de Jesús madre¹⁴. Santa Teresa de Jesús nos habla de que Jesús le coloca, gota a gota, la leche en sus labios «para regalarle»¹⁵. Una idea que se extendió a lo largo de toda la Edad Media.

Creo que hay pocas imágenes capaces de reflejar mejor el amor en gratuidad que la lactancia de un hijo. La madre que se vacía en aras de otro sin esperar nada a cambio, que sólo busca la vida y la prosperidad de aquel

¹⁴ Le debemos a A. Cabassut, «Une devotion medievale peu connue: la dévotion a Jésus notre mère», *Mélanges Marcel Villeri*, *RAM* 25 (1949) pp. 234-245 el haber llamado la atención sobre esta espiritualidad perdida que años más tarde a muchos teólogos hizo temblar.

¹⁵ *Camino de Perfección* XXI.

niño. Al fin y al cabo las mismas intenciones que tiene el Dios cristiano para sus criaturas.

Íntimamente conexcionada con estas imágenes está la idea del Dios comadrón, una labor confiada a las mujeres hasta hace poco. Hoy no somos capaces de comprender la importancia que estas mujeres tenían para las sociedades primitivas pues a los servicios clínicos se sumaban las funciones sacerdotales y legales. Son varios los textos que nos hablan de Dios involucrado en estas labores, un Dios siempre al inicio de la vida y dispuesto a impulsarla. El autor del salmo 22, 11 ora con estas palabras: «Desde el útero fui entregado a ti, desde que colgaba de los pechos de mi madre, tú eres mi Dios». Su madre había confiado en Yahvé que debía cuidar de todos los avatares de la gestación incluido el momento final. Su confianza no se vio defraudada.

2. La maternidad espiritual

2.1. El vestido

Los cuidados materiales no terminan con la maternidad biológica pues el alimento, el vestido, la educación son actividades que hay que seguir realizando. Una labor que pueden realizar además de la madre otras personas. Hay unos preciosos textos en el Antiguo Testamento que describen el cuidado con el que Dios viste a sus criaturas. El primero nos sitúa en el jardín del Paraíso y tras la desobediencia de nuestros primeros padres. Aquel Dios, que tradicionalmente se nos ha presentado como eternamente enojado con su criatura, pierde tiempo en coser pieles de animales para que los seres humanos no pasen frío. «Yahvé, Dios, hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió»¹⁶. Un trabajo que extiende a otros seres pues separadas las aguas primordiales el océano, como nueva criatura, está

¹⁶ Génesis 3, 21.

necesitada de ropa: «Le di las nubes por mantillas y los densos nublados por pañales» dice el propio Dios en el libro de Job¹⁷.

2.2. *Los primeros pasos*

Son los primeros pasos vacilantes del niño un nuevo momento para comprender la necesidad de una mano fuerte dispuesta a intervenir en caso de vacilación. Yahvé colocó la suya junto al pueblo que caminaba con fragilidad y la sigue poniendo a disposición de todos los hombres de buena voluntad. «Yo enseñé a Efraím a caminar tomándole de los brazos» dice Oseas hablando de Dios¹⁸. Esa mano que ayuda y por otro lado permite la libertad de la criatura para que vaya explorando el mundo y algún día pueda caminar solo. La libertad del hombre está a su disposición para marcar el rumbo y el ritmo de su vida.

2.3. *Misericordia y fidelidad*

Todas estas actividades, tradicionalmente en manos de las madres, han ido creando unas relaciones especiales con el hijo. Los años de la convivencia amorosa han colocado en la imagen materna una serie de valores que comparten muchas culturas. Es curioso cómo la palabra misericordioso, el adjetivo que más veces se le aplica a Dios en el Antiguo Testamento, emplea en la lengua hebrea el vocablo *rahamim* cuyo significado es útero materno, entraña de madre. La lengua va por delante de nuestra reflexión pues reconoce que la misericordia sin igual es la que ejerce la persona que nos ha llevado en su seno.

¹⁷ Job 38, 9.

¹⁸ Os 11,3.

Si retomamos las imágenes del niño que da sus primeros pasos veremos cómo su andadura y su alejamiento de los brazos protectores le hacen descubrir su debilidad. Siente peligros verdaderos o imaginados y vuelve corriendo a refugiarse en el regazo materno. Un camino semejante al del hombre religioso que por los avatares de la vida o en momentos de debilidad se aleja de Dios para descubrir, de pronto, su necesidad de volver al refugio divino. «A la sombra de tus alas me cobijo» pronuncian muchos versículos de los salmos y el mismo Jesús ofrece ese servicio a los judíos cuando quiso reunir a los polluelos bajo sus alas aunque éstos no quisieron. Mt 23, 37.

Si la misericordia era una virtud generada por los meses de convivencia en el útero, la fidelidad es la resultante de las vueltas sucesivas del hijo al encuentro de la madre. El niño descubre que «ella» está siempre dispuesta cuando «él» la necesita. Es la experiencia de la roca firme siempre anclada en el mismo lugar. No nos puede extrañar que los salmistas le apliquen estas imágenes a Yahvé: «Si mi padre y mi madre me abandonan, Yahvé me acogerá» dice confiado el orante del Salmo 27, 9 pues la fidelidad divina es una constante en muchos credos.

Estos pensamientos sobre la maternidad divina pueden ayudar a los que se sienten abandonados y solos. Todo el mundo les ha dado de lado incluido el propio Dios, una sensación de abandono de la que no estuvo excluido el propio Cristo. La oración no es aparentemente escuchada, se intuye la muerte próxima y Dios se le aparece indiferente. Y sin embargo debemos tener la certeza absoluta de que el Dios madre no abandona nunca a su criatura. Es como aquella oración anónima en la que los pasos de Dios en la arena sólo se ven en momentos de bonanza pues en los de amargura nos lleva en sus brazos. Aunque seamos incapaces de distinguirlo.

2.4. Inmanencia, sufrimiento, debilidad

Tras estas reflexiones no creo difícil defender que un Dios que se parece a nosotras tiene unas cualidades que tradicionalmente se le han hurtado. En

primer lugar, su inmanencia pues el horror a que el Creador se viera involucrado con la materia, con su criatura, primó su carácter trascendente alejando a Dios del mundo¹⁹. A las mujeres involucradas en la producción y el cuidado de los cuerpos no nos asusta que Dios «se contamine» con la materia y nuestra reflexión teológica prima una relación divina muy estrecha con el cosmos. Una filósofa francesa habla del «Trascendental Sensible» en cuanto que sólo por la vía sensorial podemos tener conocimiento de Dios²⁰.

Ese Dios no necesita intermediarios pues habita en lo más íntimo de cada persona a la manera del *interior intimo neo* agustiniano. Lo que nos permite seguir dando pasos y afirmar que sólo podemos contemplar lo divino en el mundo creado con lo que toda la secularidad se sacraliza. Hay que dejar de mirar al cielo en búsqueda de Dios y poner los ojos en la tierra con la seguridad de que está allí. Incluso todas las doctrinas ascéticas que primaban las privaciones de comida, bebida, sueño... pues con ello se conseguían cotas más altas de espiritualidad, se ponen en entredicho. Dios ha puesto el mundo material para nuestro uso y buena administración. Sólo se puede entender esa ascesis como una forma de controlar el cuerpo y de dar lo que renunciamos a consumir para el goce de otros más desfavorecidos.

Este Dios inmanente sufre pues un Dios cuya imagen reflejamos las mujeres no permanece impasible ante los avatares de su hijo. Decíamos que el dolor acompaña a la madre en el momento de dar a luz y que ese mismo dolor se hace moral cuando se contempla el sufrimiento de los hijos. Muchas madres están dispuestas a hacer de chivos expiatorios aunque con ello no sean capaces de aliviar las penas de sus familiares. Si el amor de una madre es capaz de saltarse el instinto de supervivencia en aras de sus hijos ¿no

¹⁹ Para Norman Snaith, *The distinctive ideas of the OT*, Londres 1947, p. 30, la santidad de Dios es concebida por el pueblo israelita como una cualidad que le caracteriza por la separación tajante del mundo creado.

²⁰ Luce Irigaray, *An ethics of sexual difference*, Cornwell University Press, p.124.

tendrá el amor divino que seguir la misma senda? No podemos afirmar que Dios es amor si no aceptamos que el amante sufra con su criatura.

Las mujeres hemos estado secularmente alejadas del poder y nos resulta difícil comprender la imagen de un Dios Todopoderoso que no hace nada por terminar con el sufrimiento del mundo. Nos hemos liberado de las proyecciones infantiles del Dios del poder basándonos en que nuestro credo no canta las maravillas del salvador victorioso sino las del fracasado y muerto en una cruz. Es el misterio del Dios amor que quiere compartir la vida con los seres humanos y se hace débil, un camino que la historia ha demostrado puede ser mejor que la fuerza. «Su credo se basa en los elementos tiernos del mundo que despacio y sin ruido operan mediante el amor... El amor no gobierna y no permanece inmutable, a su vez tiende a ser olvidadizo de la moral»²¹.

Junto a las metáforas que nos hablan de Dios como roca y fortaleza inamovibles nos gustaría introducir otras que nos hablen de su vulnerabilidad como nube, tienda, camino, agua... Con ellas nos acercamos al Dios que asumió la posibilidad del fracaso, a ese Dios que se para a nuestra puerta y llama. No llaman los reyes, que anuncian su llegada de antemano y esperan ser recibidos, sino los mendigos. Dios hace dejación de su poder para transmitírselo al ser humano, deja en nuestras manos la posibilidad de abrir esa puerta que nos lleva a la plenitud.

Es precisamente esta renuncia por parte de Dios la que hace posible la libertad humana y la posibilidad de relacionarnos con el Creador. Algo imposible en la medida de que su persona no baje los mil escalones necesarios para ponerse a nuestra altura.

²¹ Alfred N. Whitehead, *Process and reality*, Free Press, N. York 1978, p. 343.

VII. IMÁGENES CONTRACULTURALES

La maternidad, la cercanía, la fidelidad... son imágenes femeninas para Dios que entran dentro de unos roles tradicionales de la mujer. Un Dios así adornado puede simplemente sumar a su masculinidad algunos rasgos femeninos que lo suavicen. En el siglo *xxi* continúa la revolución que comenzó en el siglo *xx* y que supone el acceso en masa de las mujeres a la vida pública ¿qué incidencia tiene este fenómeno para la imagen de Dios?

Es un momento privilegiado para sacar a relucir unos textos de la Biblia que encajan con este nuevo papel que están desempeñando las mujeres. Me refiero a los que hacen referencia a la sabiduría de Dios personificada en una mujer. En el libro de los Proverbios nos invita a cenar en la casa que se ha construido ella misma. Ha preparado con esmero y personalmente un gran banquete pues los sirvientes se han limitado a cursar las invitaciones. Hay urgencia en sus palabras y para hacerlo ver emplea el imperativo: «¡Ven, come mi comida, bebe mi vino!». La oferta es generosa pues va unida a la promesa de «viviréis los que comáis».

Hasta aquí seguimos en los roles tradicionales del ama de casa pero en otros textos esta misma mujer sale a los caminos y se coloca en los cruces sin miedo a perder su reputación. Le empuja otro miedo y es el de que sus palabras pierdan alcance si se limitan al hogar. Pero no sólo sorprende el sitio sino también la magnitud de su mensaje. «Yo soy la inteligencia, mía es la fuerza. Por mí los reyes reinan y los magistrados administran la justicia» (Prov 8, 14-15). Una mujer le presta a Dios su figura, su persona, su voz para encaminar a los hombres por la senda adecuada. Un simbolismo insólito para una cultura patriarcal.

La importancia de estos textos es doble pues el prólogo del evangelio de Juan se los aplica al propio Jesucristo. Un Jesús, Dios encarnado en un varón, que no se avergüenza de asumir los roles femeninos de dar de comer y de beber, de lavar los pies de sus discípulos, de mostrar cariño por los

niños y de llorar por el sufrimiento ajeno. Con ello nos quiere mandar el mensaje de que los roles son culturales y que igual que una mujer puede representar a Dios con la fuerza de su palabra, el *logos* asume papeles femeninos sin vergüenza alguna.

VIII. A MODO DE CONCLUSIÓN

Una teóloga norteamericana, Mary Daly pronunció una frase que se hizo famosa: «Si Dios es varón, los varones son dioses». A lo largo de los siglos la realidad de nuestra cultura le dio la razón. Hoy con los giros de nuestra sociedad y el empeño de presentar un Dios a imagen de las mujeres algo puede cambiar. Pero no nos podemos engañar pues el cambio no será fácil. Dos mil años de cultura no se borran de un plumazo y los que ostentan el poder se resisten al cambio.

Con todo, pienso que se ha empezado a hacer camino y que aunque estemos muy lejos de un Dios con faldas se han aportado una serie de intuiciones. Nuevos rostros que permiten amplificar su imagen a la vez que abandonar enfoques que podían hoy ser considerados idolátricos. Dentro de unos años habrá personas que se pregunten cómo no se hizo antes.